

DOS HORAS CON VÍCTOR RAMÍREZ

Víctor Ramírez (Las Palmas, 1944) es un escritor y un hombre con el que la conversación, aunque comience intrascendente, siempre se carga de interés y profundidad. Su impenitente humildad, su pureza (en el amplio sentido del término) lo hacen especialmente atractivo para hablar con él de literatura. Muchas veces me he preguntado si tiene algún sentido —tal como se han puesto las cosas— el hablar, en serio, de literatura con los escritores. Pienso si no habrá una gran dosis de ingenuidad por mi parte al querer —y al creer— que los escritores se expresen abiertamente, sin tapujos, y sin *posse*. Esto, en los días que corren, va siendo cada vez más difícil. Por ello hablar con Víctor Ramírez es encontrarnos con la sinceridad, con la justeza y la independencia que —¡ay!— puede perderse en un instante. En Víctor Ramírez hay virginidad, de la buena, y sinceridad; sobre todo, sinceridad. No es pues ocioso citarle ante el magnetófono y empezar a hablar. Ese trasto, sin embargo, y a pesar de lo avanzado de la técnica japonesa, nos jugó el primer día una mala pasada; quizá fuera nuestra inexperiencia en esto de los transistores y las grabaciones, pero lo cierto es que la conversación tuvo que repetirse, y aunque los temas venían siendo los mismos, con muy ligeras diferencias, las respuestas se matizaron notablemente. No hubo, de esto puedo dar fe, ninguna preparación previa. No lo quisimos. Hablamos durante un par de horas y aquí fue quedando lo que más importaba, lo que pienso que puede darnos una imagen más fiel de este joven narrador de “Aislada órbita” que con una interesante publicación (“Cada cual arrastra su sombra”. Inventarios Provisionales. Las Palmas, 1971) es uno de los más firmes valores de nuestra joven narrativa. Al menos, una de las más halagüeñas esperanzas.

—Escribir en una persona como tú, que de improviso se nos destapa con una obra de sorprendente madurez, debe ser una actividad que conlleva un particular proceso generador. ¿Cómo surge en tí, un buen día, la necesidad de escribir?

—Casi todo cimiento de una obra —y es lo que pienso cuando escribo— es negativo. Parte de un sentimiento de rencor, de venganza, dentro de lo que cabe, frente a la realidad que nos ha tocado vivir. Una especie de búsqueda, de cobijo, de escape...

—Esto quiere decir que adoptas una postura defensiva, ¿no?

—Llámalo defensa, si quieres; aunque creo que...

—¿Oposición frente a la realidad dada?

—La oposición nace con uno desde que tiene cierta sensibilidad. No, no creas que mi actitud se funda en un neto pesimismo. No. Habla de un realismo, más bien. Todo desemboca, tarde o temprano, en lo negativo; de ahí que precisemos esta defensa o vacuna.

—¿Purificación?

Antes de contestar, Víctor se arrellana nervioso en el sillón y medita brevemente. No se decide a contestar de una forma rotunda...

—No creo en ella. Ni en la moralización, aunque eso se produzca como consecuencia del intento expositivo de ese mundo. No, tampoco creo que sea purificación.

—Entonces, tengo que pensar en una cierta expiación de culpas. En una especie de *cataresis*...

—Si es así, dejemos que los psicoanalistas lo digan. Yo sigo pensando que no, que no es exactamente.

—Bueno, entonces...

—Perdona. Lo que sí te digo es que casi todo nace de lo sucio. La novela en la que ahora estoy trabajando tiene un título bastante significativo, "Flores de estercolero". Tienes (tenemos) la obligación de sacar de ese estercolero las flores que haya, aunque no sean necesariamente puras. No sé si así contesto a tu pregunta...

—*Pasemos a otra cuestión. Partamos de un hecho concreto: el ponerte materialmente a escribir. Ya sabemos que hay un primer movimiento generador de carácter negativo. Pero cómo se continúa: ¿es algo que tienes previamente concebido, o te abandonas a la aventura, te pierdes en el laberinto?*

—En mi caso hay mucho de aventura. Hay algo, *algo* como los demonios de que habla Vargas Llosa que supone el embrión, pero es uno quien ha de guiar el proceso de gestación; hemos de ir conformándolo; primero, mentalmente, aunque luego, en el papel llegue a tomar un sesgo, o sesgos, completamente distintos; adquiera otro ropaje: la idea inicial tome otro camino, o se borre totalmente, suplantada por otra que nos ha poseído sin notarla. Sí, en este sentido, yo diría que ese proceso es una aventura.

—*Pero, ¿una aventura que culmina en su objetivo, que no llega a alcanzarlo...? ¿Buscas algo concreto, te buscas a tí mismo?*

—No. Quizá, al principio, cuando quería escribir, buscaba el apoyo de la gente (el hombre siempre es un animal necesitado de cariño, de afectos); era algo así como una vanidad connatural. Pero ahora no. Ahora eso no me interesa lo más mínimo. Escribo cuando quiero. Me he dado cuenta de que aquello no vale nada.

Esto lo dice Víctor con una seguridad pontifical que puede darme miedo. Temo que esta firmeza e independencia puedan ser violentadas por las circunstancias. De todas formas, es uno de sus valores más firmes, y como tal quiero señalarlo.

—No tengo objetivo —sigue—. El objetivo y la simiente, en cierto sentido, y en mi caso, pueden llegar a identificarse: se sale de lo negativo para llegar a ello. Es como un círculo cerrado, ¿me entiendes? Siempre queda —claro— lo otro: creer que el libro se va a leer mucho, que se encontrarán valores en él...

—*Te entiendo. Pero yo iba por otro camino. Recordaba una frase de José Bergamín referida a la creación narrativa donde venía a decir que ésta sólo se consumaba desde el punto y hora que el escritor es capaz de perderse en el laberinto de la creación, para reencontrarse en su verdadera identidad. No hablo de la búsqueda del halago o la vanidad; pienso en algo más profundo...*

—Yo creo que el hombre tiene un destino: ir consigo mismo, sin siquiera reconocerse.

Esto lo dice Víctor con pleno convencimiento. Casi diría que con una gravedad demasiado explícita. Me sorprende verlo tan seguro de sí mismo, tan sabedor de lo que quiere.

—O mejor —continúa—: lo que yo hago es encontrarme, o acompañarme. Quizá llegue a perderme en la aventura, como dice Bergamín, pero lo que yo hago tiene que estar en mí, tiene que cocerse dentro de mí, aunque pueda ser reflejo de otras vivencias no propiamente mías, y luego yo se las "endilgue" a uno o a varios personajes. Sí, lo que dice Bergamín es muy importante. Pero —ya ves como son las cosas— no me había planteado esa cuestión.

Y queda pensativo por unos instantes...

—Sí, quizá tenga razón Bergamín.

—*Luego, ¿no hay planteamiento previo?*

—Mira, yo lo único que sé es que el destino de uno es ir con uno mismo; pero muchas veces como compañero: entenderse uno con el otro en esa multiplicidad que somos cada uno.

—*A mí se me ocurre ahora que un buen tema de conversación sería el de las dosis de realismo y de imaginación que se vierten en la novela. En tu caso concreto, ¿en qué proporción las utilizas? Si es que hay proporción. ¿Forman un todo, un conglomerado, o deslindas perfectamente los campos?*

—Parto de la realidad. Esto es algo irreversible para mí. Me interesa el hombre con sus paradojas trágico-ridículas. Después sí, después no me importa hacer "imaginaria". Y quizá haya imaginación. Pero sigo creyendo que mi mundo literario es factible realmente.

—*¿No hay, pues, pretensión por crear mundos imaginarios?*

—A veces, basta que la imaginación salga de uno para que deje de serlo. Piensa, por ejemplo, en García Márquez...

—*De acuerdo. Pero piensa que en él obra otro mundo peculiar, en lo físico y en*

lo cultural...

—Yo no digo que no. Yo vivo de lo que tengo a mi alrededor. De eso puedes estar seguro. Lo que sucede es que luego puedo “sobre-realizarlo” (aunque no me gusta exagerar). Lo que pasa es que escribo cuando me sale. Luego lo pulo un poco. Soy muy vago en esto. Yo, para sentarme a escribir necesito quererlo. Me aterroriza ser un escritor “de oficio”. Me parece algo sin sentido ninguno eso de sentarse a escribir horas enteras aunque interiormente no te sientas con ganas para ello.

—*Vamos, que escribes cuando te da la real gana; cuando surge en tí una especie de impulso primario.*

—Sí, eso es; exactamente.

—*Hablemos del texto, ¿te parece? De la materia textual. ¿Qué relación existe entre el texto y tú como escritor; qué problemas te plantea?*

—Tú sabes mejor que nadie que la verdadera lucha no se sostiene con las ideas, sino con el lenguaje...

Pizza sirve café. Hace unos días que ha acabado de leer “Cada cual arrastra su sombra”. Le habla a Víctor de sus personajes. Hacemos una pausa inesperada en el diálogo. Se habla de otras cosas: problemas domésticos, los niños. Víctor anda estos días de mudanza. Toma coñac.

—...Cualquier idea, por descabellada que sea, sirve. Lo difícil sigue siendo encontrar la expresión adecuada. Sobre todo cuando quieres objetivar la narración: tienes que abandonarlo todo en manos de los personajes que ya tienes con entidad propia... ¿te das cuenta?

—*Sí. Bueno. ¿Y qué relación existe entre el escritor y el público?*

—Parto de la base de que, normalmente, la persona que lee ya tiene una inquietud; de que no suele ser “feliz”. Vamos, que no ve el mundo color de rosa. Ya tiene una perspectiva sucia de la vida (al menos, de forma inconsciente). Por eso me parece que el lector, si algo es, es un cómplice. En él el escritor busca la corroboración a ese punto de vista mórbido sobre la existencia. Y no en un sentido moralizante. Mira, los grandes escritores atraen por eso: porque se alimentan de carroña, para ofrecer carroña. Y sigo pensando que no lo hacen con intención ejemplar, sino para suministrar al lector ese “pan” que necesita. El escritor puede luego —y de hecho sucede— condimentar, adobar la obra con una cierta, llamémosle belleza, literaria. ¿Qué opinas tú?

—*Bueno, estoy totalmente de acuerdo contigo en lo de la complicidad. Pero yo pretendía con mi pregunta otra cosa: saber si tú quieres tener el mayor número de lectores, o el más selecto.*

—Eso es cuestión de suerte también. De publicidad. Y que luego el escritor respalde todo eso con rigor y seriedad. ¿Que te lean los más o los menos? Pues es cuestión de suerte. Quizá te pique la vanidad y quieras... No sé, la verdad.

—*¿Buscas un determinado tipo de reacción en el lector?*

—Sí, pero más bien de tipo íntimo.

—*¿Que se sienta conmovido? ¿Un sedimento de extrañeza?*

—Sí. Eso antes que cualquier otra cosa.

—*Voy a tocar un tema que me parece típicamente tuyo. Me refiero a la caracterización del lenguaje en los personajes; el uso de ciertos modismos en la conversación, sin que el lenguaje llegue a ser una reproducción fiel de habla de ciertos sectores sociales o regionales.*

—Sigo pensando que lo fundamental es objetivar. Buscar la manera a través de los nombres de los personajes, de matizar personalmente la narración... Que se consiga o no, es otra cuestión. Y por lo que al lenguaje respecta yo empleo el que conozco. No me interesa ejercer proceso selectivo alguno, porque me viene dado, y así lo aprovecho y lo utilizo.

—*Y esa fuente directa del lenguaje, ¿no puede significar una limitación?*

—Depende.

—*Bueno, no es que yo crea que sea una limitación. Pero lo que me interesa saber es si tú lo hiciste como algo premeditado o porque te parecía una cosa natural...*

—Surge. Eso surgió. Luego, uno le da un cierto toque estético. Lo que escribes

es un retrato de lo que creas, o semicreas. Tú le buscas una cierta forma literaturizada que, aunque no lo creas, depende siempre de los personajes.

—¿Usas ese vocabulario porque eres un escritor de Canarias, o porque crees que es el único que pueden utilizar tus personajes? En una palabra: ¿tratas de localizar la narración, o ella tiene entidad propia?

—No, de ninguna manera. Mis personajes no pueden hablar de otra manera. Así me lo piden. Me condicionan.

—No dominas a los personajes, entonces...

—No. Siempre siento que los personajes me atentan, que se apoderan de mí. Es una obsesión que puede llegar a anularte, y a dominar todos los posibles caminos por los que vaya a discurrir el texto. Te condiciona todo a ellos. Incluso sin sentirlo, surge: yo estoy escribiendo, y un personaje concreto llega a verse condicionado por otros que, a lo mejor, no han aparecido aún en el curso de mi narración.

—Coincides con Unamuno entonces...

—Sí, desde luego. Cuando escribo no me aclaro. No tengo en mí la posibilidad de control. Me noto como si entrara en trance, como si no me reconociera...

—Te sientes vertiginosamente arrastrado.

—Sí. Estoy supeditado a los otros. Si no estoy envuelto en esa vorágine; si no se produce este altercado interno, yo prefiero no escribir.

—Y tu narración, ¿discurre por una recta o prefieres dispersarla?

—Pero ¿se puede pensar que la humanidad avanza rectamente?

—No, no me refiero a rectitud moral, sino estructural. El relato, ¿es un todo o una multiplicidad?

—Es un cercenamiento...

—Cercenamiento, ¿en qué sentido?

—De cualquier realidad. Luego se dispersa, o se aglutina, o se ordena o desordena... Eso depende también, en última instancia, del propio lector...

—Que debe entrar en el juego como creador él también...

—Para mí, ya te dije, el novelista y el lector son cómplices. El novelista hace la novela que pudo haber hecho el lector, y le ayuda a hacerla mientras la está leyendo. Le ha prestado un orden de lenguaje, unas palabras que se disponen de una determinada forma, una serie de referencias más o menos concretas... Sin embargo, la trama novelesca y la creación de los personajes la totaliza el lector utilizando esas pistas que el escritor le va dejando intencionadamente. Cualquier personaje: Mme. Bovary, cualquier protagonista de las novelas de Camus, de cualquier novela que yo haya leído, está viviendo y *siendo* en mí mientras estoy en la lectura. Y, a lo mejor, de distinta manera que vivieron y fueron en ellos. Yo estoy haciendo mi novela.

—El escritor, entonces, provoca, pone al lector en el disparadero de sentirse violentado, soliviantado...

—Sí, hace su novela, pero sabiendo que el lector ha de hacer la suya también.

La conversación va tocando a su fin. He querido, intencionadamente, desposeerla de todo sentido localista; de todo ámbito coyuntural. No me he querido referir a los propios relatos de Víctor, porque me ha interesado más ese proceso interno, ese mundo preambular e íntimo de la creación. Pero, al final, creo que se impone alguna precisión en torno a un fenómeno tan debatido como puede ser la narrativa en las islas.

—Podríamos terminar —si te parece— hablando del escritor en las islas, ¿qué limitaciones o qué problemas concretos pueden plantearse?

—Yo pienso que el único problema consiste en la salida material de la obra; en la distribución del producto acabado. Y damos, inevitablemente, en un aspecto que no es puramente literario, pero que es imprescindible tener en cuenta. Desde luego que la isla es límite, frustración, si tú quieres, pero yo pienso que ello no es un lastre, sino que —antes al contrario— puede ser un interesante punto de reflexión para cualquier escritor. Lo que sí he de censurar, porque creo que es evidente es la desidia que se manifiesta más de lo que todos quisiéramos. Y que va en detrimento de la calidad de la obra y del volumen de trabajo, que podría ser muy superior, y mucho más positivo. Creo que se pierde mucho tiempo en quemar fuegos de artificiosas polémicas, tediosas disquisiciones que merman la capacidad, y el tiempo, del escritor.

Dos horas de conversación, con muy pocas pausas, ha sido mucho tiempo. Quizá se haya llegado a la médula de algunos problemas cruciales del escritor; quizá nos haya-

mos quedado en lo cortical y anecdótico. Pero pienso que el lector puede hacerse una idea lo suficientemente clara de cuáles son esos fantasmas que cercan al escritor, esos miedos, o esos riesgos que el creador soporta y contra los cuales se debate. Víctor Ramírez, a pesar de su confesada pereza, me parece que es un hombre bien despierto y alertado. Yo, desde estas últimas líneas hago votos para que su independencia no sea violada por la desidia, sino que siga sustentando una obra que ya está dando un granado fruto.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

(Las Palmas. Noviembre, 1972)

